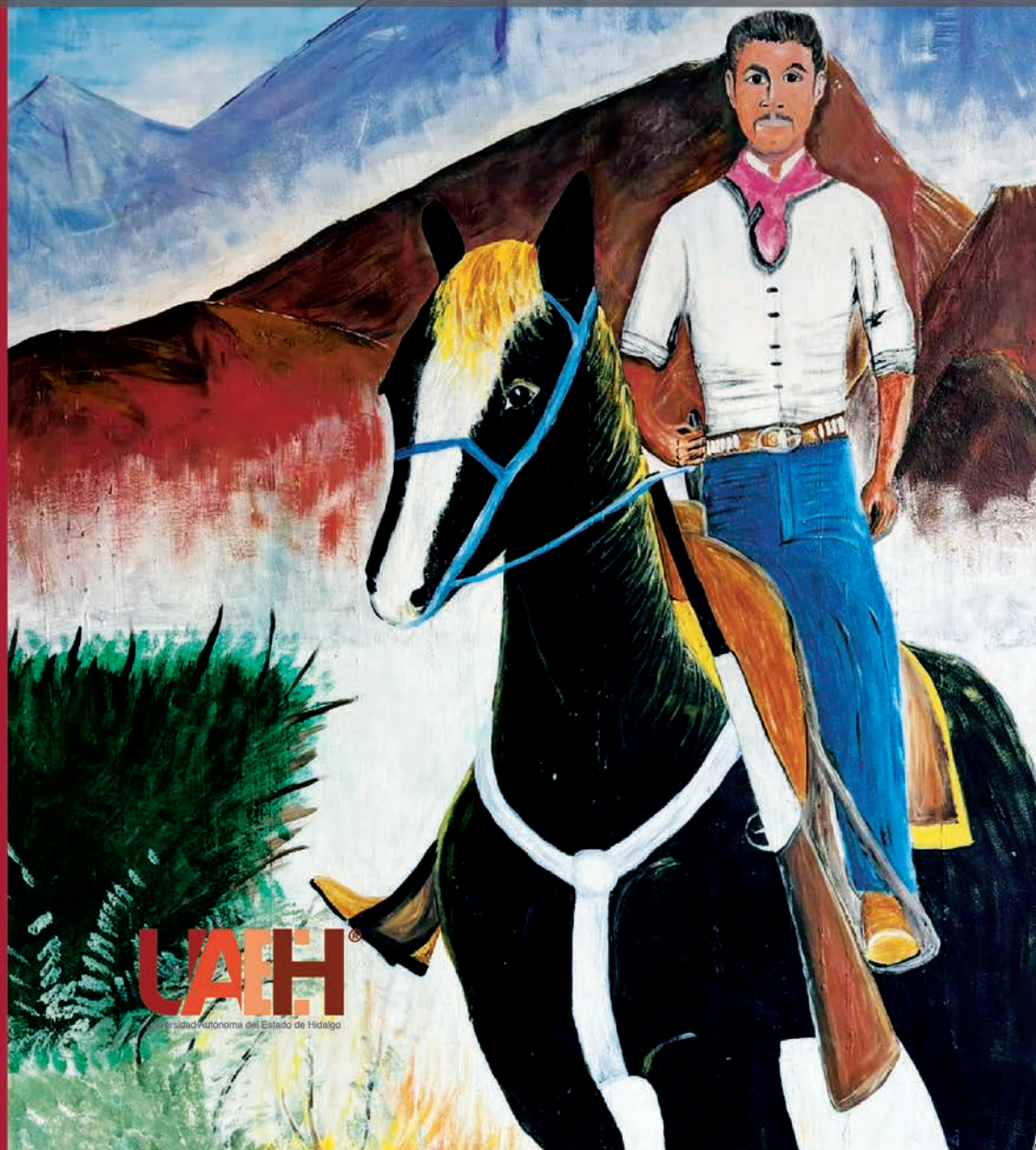


Rosendo Serrano, el bandido de San Juan

Tomás Serrano Avilés



UAH
Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo

Rosendo Serrano, el bandido de San Juan

Instituto de Ciencias Económico Administrativas
División de Extensión de la Cultura



Rosendo Serrano, el bandido de San Juan

Tomás Serrano Avilés



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DEL ESTADO DE HIDALGO

Pachuca de Soto, Hidalgo, México

2025

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO

Octavio Castillo Acosta

Rector

Julio César Leines Medécigo

Secretario General

Marco Antonio Alfaro Morales

Coordinador de la División de Extensión de la Cultura

Ivonne Juárez Ramírez

Directora del Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades

Fondo Editorial

Asael Ortiz Lazcano

Director de Ediciones y Publicaciones

Joselito Medina Marín

Subdirector de Ediciones y Publicaciones

Primera edición: 2025.

D.R. © UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE HIDALGO

Abasolo 600, Col. Centro, Pachuca de Soto, Hidalgo, México, C.P. 42000

Dirección electrónica: editor@uaeh.edu.mx

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta edición sin el consentimiento escrito de la UAEH.

El contenido y el tratamiento de los trabajos que componen este libro son responsabilidad de los autores y no reflejan necesariamente el punto de vista de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.

ISBN: 978-607-482-926-6

Esta obra está autorizada bajo la licencia internacional Creative Commons Reconocimiento -No Comercial- Sin Obra Derivada (by-nc-nd). No se permite un uso comercial de la obra original ni la generación de obras derivadas. Para ver una copia de la licencia, visite <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/>.



Hecho en México/*Printed in Mexico*

Este libro fue dictaminado por pares académicos.

Se agradecen los comentarios y sugerencias del cuerpo de asesores, ya que permitieron darle un mejor rumbo a esta publicación. De igual manera, se agradece profundamente a los dictaminadores del proceso evaluador, quienes con sus observaciones y comentarios enriquecieron esta obra.

Ilustraron:

Esperanza Yainin Serrano García y Brayan Hernández Gutiérrez

Introducción

El México bárbaro, del primer tercio de mil novecientos devela profundos episodios de violencia y sobrevivencia al interior de las familias rurales en el Centro del Estado de Hidalgo. El impacto de fenómenos ambientales y sociales como la pequeña era de hielo coincidiendo con la Gran depresión en la economía mundial, orillaron a los sobrevivientes a cambiar sus principales actividades económicas, dependiendo de sus prioridades, emergiendo los primeros braceros en el lugar de origen.

Este texto habla de la historia de un ranchero en tierras de temporal, dedicado principalmente a la producción de pulque, a la caza, recolección y producción de recursos alimenticios, precisamente, un poco antes que iniciara la repartición de tierras en ejidos.

La historia viene de una investigación de la vida de un personaje real que duró varios años, en cuya redacción se elaboraron los diálogos de las principales escenas que pudieron servir para un cortometraje. Los cuáles se hicieron con base en los relatos de los ancianos entrevistados, archivo judicial, registros civiles y parroquiales y las notas periodísticas que quedan de aquellos años. Los cuales se hicieron con imaginación.

La lucha épica de los primeros habitantes de San Juan visualiza la continuación de la guerra en la etapa de la revolución, promovida y exacerbada por los caciques locales, quienes intervenían para no permitir la emergencia de proyectos de desarrollo que no fueran los suyos.

Los vacíos que guarda la historia se deben a que la investigación empezó muy tarde, ya que, de empezar antes los relatos hubieran sido más precisos. Asimismo, a causa de la disociación de la sociedad, algunos informantes me negaron entrevista.

Índice

Rosendo Serrano, el bandido de San Juan	15
La primera lección de justicia	17
El origen del justiciero	21
La familia	25
La baraja	29
El timbrero	33
Cumpleaños del gobernador de Hidalgo	37
El primer bracero de San Juan	41
La crisis del pulque	45
El alambique	47
Las mujeres	51
El cacique	55
El sicario	57
Facundo, de Pisaflares	59
La emboscada	61
Los celos del señor Robles	65
El homicidio	69
100 años después (San Juan, 2036)	73
Recapitulando	75
Corrido a Rosendo Serrano	77

Rosendo Serrano, el bandido de San Juan

Tomás Serrano Avilés

Lo que menos imaginó Rosendo es que uno de su sangre escribiera su historia para que sus nietos la conocieron, dada su corta vida que duró de 1903 a 1938, solo 35 años.

En San Juan, su lugar de nacimiento, de su obra póstuma sólo queda la piedra de su negocio de mezcal, cuando, a mediados de los años veinte, del siglo pasado, el mercado de la ciudad de México colapsó provocando que cambiara la producción de pulque a mezcal, extinguiendo el tipo de maguey apropiado para este fin del lugar.

Se cuenta que el polvo de su osario depositado en una cripta de la iglesia local fue extraído cuando se renovó el piso del atrio. Desde entonces no se sabe el paradero de sus restos. Pero, a causa que a su muerte fue velado en la iglesia, desde entonces, varios atestiguan que su alma vive ahí, que lo ven y que les estira la mano para saludarlos.

A la edad adulta Rosendo tuvo la respiración agitada como si tuviera asma. Esa característica ocurrió a consecuencia de una bala que le perforó el pulmón derecho durante una emboscada militar. Quién le salvó la vida le dejó tres líneas de costura en la espalda, dejando una figura con la forma de la pata de gallo.

Fue de este modo que se le llamó gallo o general gallo. En ese tiempo, era muy común que a una persona con tierras y armas se le nombrara general como forma de prestigio social, aunque en realidad sólo fuera general de su familia.

Su banda, los metaleros, fue muy famosa a principios del siglo XX en la capital del estado de Hidalgo, porque eran frecuentes sus atracos. Estuvo formada por una veintena de forajidos, quienes regularmente asaltaban los cargamentos de plata que salían de la ciudad de Pachuca a México.

La primera lección de justicia

Dionicio corrió cuesta arriba, oyendo el ladrido del perro que seguía sus pasos. Los ojos se le salían por el esfuerzo realizado.



Cuando no podía más se recostó en el suelo y volteó hacia la llanura. Al distinguir al perro entre la maleza que seguía su rastro, se levantó y corrió de nuevo. Sin embargo, todavía vio cuando un correcaminos salió disparado tratando de ganar terreno de quién lo perseguía.

Un poco abajo distinguió a Leonel Cedillo, quién subía a cuestras en su caballo retinto. El cacique Leonel era un hombre egoísta, siempre pretendía arrancar los mendrugos del campo para su beneficio propio. Su carácter era fuerte y regañaba a la peonada por todo. Nunca le parecía bien ni suficiente el trabajo. Con su propia familia tampoco era cariñoso.

Dionicio pensó en traspasar el cerro y seguir la ruta del arroyo rumbo a Actopan. No iba a dejarse capturar, porque entonces, quizá, su familia quedaría desamparada.

En cuanto pudo se limpió el sudor y el cuerpo con pirul, en especial se talló bien en las piernas para quitar su olor y evitar que el perro de Leonel Cedillo encontrara su rastro.

En la parte descubierta de sus pies y brazos, con los abrojos del pirul limpió la sangre que manaba por doquier debido al roce con los espinos. No podía ser que esa tierra que lo vio nacer, permitiera que los capturarán. Él se iba a oponer a su destino.

Cuando alcanzó la cima tomó la vertiente esquivando un risco. Luego, veía como los yerbajos pasaban bajo sus pies a toda prisa. De sobra sabía que si tropezaba seguro se rompería la cabeza y ahí acabaría sus días. No, no estaba listo para morir y dejar a su hijo pequeño y a Matilda solos.

Sin aflojar la carrera, se encogió al escuchar el primer disparo del amo, que según se sabe la bala de un rifle de máuser podía matar a una persona a un kilómetro de distancia. Un segundo disparo alertó sus sentidos, aunque no le pegó, pudo continuar su camino cuesta abajo.

De pronto, sin saber de dónde salió aquel pedrusco, al romperse trastabilló, y, al mirarse girando al nivel del suelo, encorvó su cuerpo, haciéndose bolita para de esta forma lastimarse lo menos posible. Unos metros abajo un arbusto lo atoró y detuvo su loca carrera.

En unos minutos, cuanto despertó y se enderezó ya tenía al perro de Leonel encima. No le quedó otra que subir al encino más cercano, aunque no pudo evitar que le mordiera su carcañal. Ahí se quedó atrapado, todo había acabado, estaba cercado.

No. No era posible. La suerte lo había abandonado. Leonel Cedillo no demoró en llegar. Aseguró a su animal y obligó a Dionicio a bajar.

—Por fin te alcance.

Qué lata me diste. Qué necesidad tengo yo de perseguirte.

Entonces, mientras el amo buscaba un quiote para amarrarlo, Dionicio se le abalanzó a los pies:

—Perdóname amo, lo hice por mi hijo.

De ahí en adelante lo llevó atado con un quiote como formando una cruz, mientras lo jalaba con el lazo en el gogote rumbo al rancho.

Al pasar al lado de la montaña, Matilda salió de la choza a verlo, y, mientras abrazaba a su hijo los vio pasar. Entonces imaginó la peor suerte para su marido ¿Quién podría oponerse al amo en estos tiempos tan difíciles?

Dionicio alcanzó a voltear un poco hacia atrás, y, sin detenerse, agregó:

—Hay te encargo a mi hijo. No sé lo que va a pasar.

De ahí tardaron media hora más en llegar al rancho. Al momento que Leonel liberó a Dionicio de sus ataduras, éste, sin pensarlo se arrojó a sus pies de nuevo, rogándole:

—Perdóname amo. Perdóname. No lo vuelvo a hacer.

Al intentar amarrar a Dionisio en el palo de castigo, preparar la pita y el machete para cortarle la mano derecha, tal como se acostumbraba, el peón le dijo:

—No amo. No ¿De qué voy a vivir? Ya nadie me va a dar trabajo. Amo, perdóname.

—Con una disculpa no se arregla.

En ese momento, Gonzalo Serrano y su hijo Rosendo se acercaron, decididos a intervenir.

—Leonel ¿Qué vas a hacer? No lo hagas compadre ¿Cuál fue el problema?

—Me robó.

—No Leonel. No lo hagas.

—Amo. Era para mi hijo. Me dio ansia. Todo el año hemos comido tortilla con chile y quería que mi hijo probara el chicharrón.

—Ya vez, te lo dije Chalo. Agárrale aquí, Aprieta fuerte para que no se desangre.

—Perdónalo compadre. Te juro que no voy a poder dormir si permito esta injusticia.

—No compadre. Tú sabes la ley es ley. Si lo perdono, ya nadie me va a respetar.

—No compadre. Con una buena acción también puedes hacerles saber que eres justo.

Cuando todo estaba listo Cedillo dudó. Entonces, don Gonzalo se animó a jugar su última carta.

—Mira, traigo 10 pesos. Recíbemelos y deja al pobre Dionicio en paz. No lo quieres ver más. Me lo llevo. A mí me hace falta.

Los ojos del niño Rosendo se querían salir sorprendido al ver que su padre iba ganando terreno en la disputa.

—No compadre. Las monedas son tuyas. Tienes razón. La vida de una persona vale más. Te agradezco que me hayas limpiado los ojos.

Fue entonces que Dionicio lloró mientras era liberado.

Enseguida fue tras los pasos de Gonzalo y su hijo, quienes ya no se quedarían a la comida, toda vez que estaban conmocionados por lo sucedido.

—Padre. ¡Eres mi héroe! No cualquiera hace lo que tú hiciste. ¡Fuiste muy valiente!

—No hijo. Aprende, sólo intervine para que haya justicia.

—Justicia! —exclamó el pequeño— Nunca lo olvidaré.

Al llegar a una bifurcación del sendero Gonzalo se dirigió al peón:

—Vamos Dionicio. Ve a casa. Mañana te espero temprano en la hacienda.

Después del periodo revolucionario, el movimiento armado campesino fue definitivamente derrotado en el terreno político, asesinado a los caudillos uno a uno, acto organizado y financiado por el Estado con el pretexto de pacificar al país.

El origen del justiciero

Era entrada la mañana cuando Nieves y Delfina recogieron los arreos para salir por el aguamiel. También tomaron el viejo revólver, pues ese día como nunca tendrían todas las precauciones por el pleito con Lupe por la tierra. Quién iba a decir que entrada la primavera ocurriría la tragedia más brutal que se recuerde en San Juan, la que programaría más muertes.



Con alevosía y ventaja, Lupe ni tiempo dio a Nieves de defenderse. Por la espalda descargó el primer tiro de la retrocarga, destrozándole el pulmón, impulsando el cuerpo de la víctima hasta tapar la boca del maguey con el pecho. Para cuando Delfina volteó, un segundo disparo penetró su pecho, reventándole el corazón.

—Viejas. No entienden.

Con toda calma, sacó el arma que la moribunda Nieves llevaba bajo su regazo, la volteó boca arriba, y, mientras aún resollaba, colocó el arma encima de su corazón buscando acabarla. Entonces disparó cortando abruptamente la vida de la jovencita, acabando con dos vidas que dejó colgando entre las pencas, en una escena espantosa porque Nieves tenía seis meses de embarazo. De regreso a su casa, tal como se acostumbraba, don Lupe corrió el rumor que las jovencitas dispararon primero. Para eso pagó a un peón para que gritara y diera la noticia en los caminos.

Hace unos años, en un desafortunado juego de baraja, Lupe ganó el terreno a don Fermín, cuando éste había perdido todo su efectivo. Tal como ocurre en las deudas de juego, el sentimiento de pérdida es difícil y don Gonzalo nunca entregó las escrituras. Todo quedó así:

—Hay está el terreno. Es Tuyo. Ni hablar.

En el momento que ese asunto se hizo viejo Lupe ya raspaba los magueyes, cuando las hijas de don Gonzalo despolvaron aquellas viejas escrituras, decididas a reclamar el terreno.

—¿Dónde queda esto pá?

—Ese terreno ya no es nuestro. Lo perdí. Olvídense de él.

—¡No! dijo Nieves. —¡Es nuestro! Si nosotros tenemos los papeles, la tierra es nuestra.

Este asunto habría de ser el culpable de la muerte de las jovencitas Serrano, clave del reclamo de justicia de parte de su hermano Rosendo, aun adolescente.

Al ver a Nieves y Delfina tendidas en su regazo, ya en su casa, don Gonzalo y su hijo tomaron sin pensar las consecuencias el viejo máuser y un revólver. Salieron decididos a retar a su casa a Lupe.

—Sal Lupe. Hijo...

—Sal si eres hombre. Mata mujeres.

—¡Sal y pelea de frente con un hombre!

—¡Ve al patio de atrás Rosendo, para que no se escape!

Cuando Rosendo llegó, Lupe intentaba escabullirse hacia el cerro. Pero, al ver al joven cubrir el terreno, le dio miedo matar a otro más y hacer más grande el pleito. Fue entonces que retrocedió y se metió de nuevo a su casa, sólo para darse cuenta que estaba acorralado, pues, por dos flancos, lo tenían cercado y no tenía escapatoria.

Cuando Lupe estaba frente a la puerta de su casa, don Gonzalo se dio cuenta y lo retaba para que de una vez por todas saliera a enfrentar su destino. En su desesperación llamó a Rosendo. En el momento que el joven llegó frente a la casa y se dio cuenta que el asesino de sus hermanas estaba justo frente a la puerta, como pudo, arrebató el máuser a su padre, lo acomodó en el hombro, y, sin vacilar disparó reventando la puerta y despedazando por completo a don Lupe en el interior de la casa. Por los gritos y el llanto de las mujeres dentro, ya no fue necesario asomarse a ver el resultado del disparo.

Ese día, cuando llegó la calma, Rosendo estaba acostado en la troje con la vista perdida en el firmamento. Luego llegó su primo Manuel Serna a consolarlo.

Después de un rato Manuel abrió la boca:

—¿Qué vas a hacer primo?

—No sé. Ya veremos.

Si no me matan hoy, ni me meten a la cárcel, ya veremos.

Después de tanto cavilar sobre lo sucedido, por fin se decidió. A partir de ese momento él se convertiría en el justiciero de San Juan y dejaría su vida en ello.

Creo sólo me queda hacerme el justiciero.

—Entonces ¿vas a ser el justiciero de San Juan?

—No se primo. No sé qué va a pasar.

Si quieres apoyarme, juntos seremos los justicieros.

—Está difícil. Pero yo te apoyo primo.

Ahí nació el justiciero de San Juan, sobre la troje de zacate del Rancho la Soledad. Desde entonces, este lugar se convirtió en puesto de vigilancia del justiciero o el bandido de San Juan, como se le quiera llamar. Al parecer, debe haber un gen, o algo parecido a un chip que se activa en el cerebro ante un hecho violento como ese. Con base en el daño, el cerebro se reprograma. El destino del joven Rosendo estaba sellado.

Fuertes circunstancias pueden suscitar inesperadas resurrecciones en los caudillos sociales.

La familia

El sol clareaba apenas, cuando los integrantes de la familia se levantaban uno a uno para hacer sus actividades cotidianas. Pero, lo primero es lo primero: la papa.

Contiguo al braceró, se sentaron a comer gordas de envidia con salsa de chinicuil. Octubre había sido muy lluvioso.



—¿Ya nos vamos a raspar hermana? Hermana, hermana ¿estas lista o estás tonta?
¿En qué piensas? Parece que estás perdida —Dijo Delfina.

—Espera que coma papá —señaló Nieves, luego nos vamos.

—Mjm. Yo ya tengo todo listo. Sólo espero, cuando digas.

—Niñas si pueden, por el camino a Juárez —Dijo Trinidad, la mamá de ambas—
Vi unas malvas. Para que de paso...

—Si má ¿en la orilla del camino o dentro de la milpa?

—Desde el camino se ven.

Pásenme otra gorda por ahí—habló don Gonzalo.

—Tenga pá ¿Con esta o más?

Antes de salir de casa, Delfina tomó unas viejas escrituras que había descubierto un día antes. Las aventó encima de la mesa donde comía su papá y lo cuestionó.

—¿De dónde es este terreno pá?

—Deja eso niña ¿En dónde lo sacaste?

—No papá esas escrituras tienen tu nombre ¿Dónde es el terreno?

—Hija entiende, eso ya no es mío. Lo perdí. El terreno es del Tapia.

—No. Aquí dice tu nombre y quién tiene las escrituras es el dueño. Ahora me dices donde es porque las vamos a pelear.

—Pfff. Como eres terca Delfina. No desempolves el pasado.

—Sólo dime dónde es, para saber lo que es nuestro.

—Bueno, queda antes de la Soledad, en el primer camino a la derecha y al chocar con una esquina es ese pedacito que tiene magueyal. Pero el terreno ya no es mío. Lo perdí en una apuesta.

—Aja. Queda cerca de donde vamos hoy.

Al salir de casa continuaron charlando. De paso levantaron los enseres típicos del tlachiquero: cántaro, raspador y acocote.

—Entonces vayamos hermana.

—Adonde iremos, primero llegamos al terreno que dijo mi padre. Qué te parece si también raspamos en lo que es nuestro ¿Hermana?

—No creo que sea buena idea Delfina. Olvídalo, tal como papá dijo.

- No. Hay que recuperar lo que es nuestro en caliente.
- Deja cargarme el revólver por si nos encontramos al Tapia.
- Haz lo que quieras. Entonces no me preguntes si nos matan. Es tu culpa.
- Mejor cállate. No augures algo malo. Camina que se nos hace tarde.
- ¿Qué puede pasar hermana?

Las regiones pobres eran lugares de bandidos. Los meses del año agrícola de larga sequía, marcaban las temporadas para estar activos. Los bandidos se multiplicaban en ese tiempo.

La baraja

Don Gonzalo recogió las cartas. En ese momento era evidente su temblor de manos. Entonces, con cuidado tapó su juego, buscando que los asistentes no vieran el contenido. Era su última oportunidad. Despacio, sin quitar de su vista el rostro de su contrincante, y, tratando de controlar su emoción, se dio cuenta que tenía una buena partida. Sin pensarlo dos veces, emocionado, decidió echar toda la carne al asador y depositar el resto que le quedaba, al fin, era hora de arriesgarlo todo. Pero si esta vez fallaba, terminaría desplumado por completo.



Cuando su contrincante pagó lo equivalente, Gonzalo descubrió su juego: full de sotas.

Tapia haciendo un gesto de decepción, justo antes que Gonzalo recogiera las ganancias, le detuvo la mano, mostrando sus cartas: full de reyes.

—Pufff —expresó Gonzalo— mientras se le subía la sangre al rostro de la vergüenza por haber perdido el dinero de la venta de cerdos en Actopan. Esta vez su hijo no le iba a perdonar su mala suerte en el juego.

Mientras Tapia recogía y se embolsaba el dinero, Gonzalo lo detuvo, proponiéndole:

—Espera, te apuesto todo lo que hoy me has ganado por mi terreno de La Palma y que sea en una sola partida.

—No Gonzalo, ese terreno no vale lo que tengo.

—Como no va a ser, si hay ahí 40 magueyes listo para capar ¿Cómo no lo va a valer? Claro que lo vale.

—Solo es un juego, tú dices Tapia, tal vez te hagas de otro buen terreno si me ganas.

—Bueno. Sólo porque tú quieres. Te voy a dar el gusto. Nada más no te vayas a rajar. Barájale, para que veas.

Con destreza, Gonzalo manipuló las cartas una y otra vez. Luego de distribuirlas preguntó:

—¿Cuántas?

—Cuatro— respondió Tapia, mientras don Gonzalo dibujaba una leve sonrisa en su rostro. Era una buena señal, estaba seguro que esta vez, por fin, su contrincante tendría un mal juego.

Gonzalo cambió tres de sus cartas, luego las revisó con toda calma, con su singular metodología, abriendo carta por carta.

—Pon el efectivo en la mesa.

—Y a mi quién me asegura que deposites el terreno? Pero va, ahí está el dinero.

—¿Qué tienes?

—No tú primero, suelta tu jugada.

—No tu primero Tapia ¿A ver qué traes?

Entonces, Tapia destapó: Tercia de caballos.

Gonzalo palideció. Estaba perdido. En su jugada sólo tenía un par de sotas.

—Ya me cargó. Suspiró profundo —y recalcó — Ni modo, tratos son tratos, la tierra es tuya y el varo también. Pero me ganaste porque ando bien borracho. Hay será para la otra.

Mientras Tapia recogía su dinero de la mesa, Gonzalo se levantó bruscamente y salió tambaleando rumbo a su casa.

Los bandidos son figuras auténticas, afamadas a través de relatos recordando sus hazañas míticas- Algunos de ellos, Los más famosos como Robin Hood o Joaquín Murrieta sólo son un invento literario.

El timbrero

Rosendo capaba maguey desde los 8 años. Por lo regular, al vivir en la cuesta más alta de San Juan, su casa era la última en recibir los rayos del sol, en contraste a sus vecinos de la parte baja.



La casa de tres habitaciones era de piso de tierra, paredes de tepetate cubiertas con cal y techo de teja. En la principal división vivían sus padres. Ahí guardaban las armas de fuego y los arreos valiosos para labrar el campo, incluso las espuelas y las cananas. En medio dormían Rosendo y sus hermanas. Las dos camas eran de palos con jorongos en cada una. El principal acceso de la vivienda llegaba directo a la cocina, donde destaca una pequeña mesa de madera y dos fogones con salida directa del humo rumbo al sur.

Rosendo tenía 15 años cuando regresaba de capar maguey, tarea que su padre le impusiera en un terreno cercano, cuando por primera vez lo dejó solo en esa tarea. Al pasar por un sendero escuchó que alguien gritaba. Interesado se acercó de manera subrepticia al escuchar que alguien lloraba por la casa de don Blas Gutiérrez, era como si estuviera gente peleando. La causa era una nueva injusticia más que ocurría en esta tierra.

—No te hagas Blas! Cáete con tu cuota.

—Ora no he vendido nada patrón. En verdad, ya la gente no quiere el pulque.

—Tú lo pediste Blas ¡Adelante Cuchillo!

El sujeto levantó en peso y a todo lo alto al pobre anciano, para aventarlo a la vieja cerca rompiendo dos palos al caer. Cuchillo lo levantó de nuevo, estiró sus brazos y sujeto sus dedos con un tronco. Se subió encima mientras bailaba destrozándole los dedos.

El anciano no aguantó más:

—En la casa. Adentro de la casa está lo que quieres.

—Donde?

—Por mi reliquia hay una laja suelta ¡Debajo!

—Entra Cuchillo. Pero si no hay nada, lo castigas.

—Jefe ¿No lo va a creer? Hay dos centenarios y una moneda de plata.

—Hijo de ... No que no es negocio el pulque.

—Monta Cuchillo, ora si la hicimos.

Tras alejarse los jinetes, el joven Rosendo liberó a don Blas, y, después de prometerle recuperar su dinero, corrió a ensillar su caballo. El momento había llegado. Había que echar andar el plan acordado con su primo Manuel. Así que, sin preparación alguna, dejó a la suerte su debut de bandido.

Tan rápido como pudo llegar a casa llamó a Manuel con un chiflido.

Al salir éste, casi sin aliento, le dijo:

—Trepas Manuel. Vamos a cazar al timbrero. Trae tu arma. Tú te encargas de su acompañante y yo del mero jefe ¡Solos los dos! Pero, si uno de los dos se acobarda, los muertos seremos nosotros.

En un paraje de mezquites, cruzados por un vado, donde dobla el camino, los adolescentes salieron al paso al timbrero, claro, con el rostro cubierto.

—Arriba las manos! Nada de hacerse los valientes. No queremos gastar balas con ustedes. No sean tontos.

—Somos gente del gobierno. Déjanos y prometo no regresar por ustedes.

—No. Amárralo bien. Yo me encargo de este hijo del gobierno...

Mientras eran sujetados de las manos con lazo cada uno, el timbrero solicitó de nueva cuenta:

—No saben con quién se meten muchachos. Soy nieto del gobernador y regresaremos con diez gendarmes a buscarlos. Anden, desátenos. No sean tontos. Los conozco, son de San Juan. Pórtense bien.

—Chango. Aquí está la caja con dinero, esculca al timbrero.

—Si! Aquí trae unos centavos.

—Vámonos ya. Hay que se suelten solos.

—Hijos...!

—Es justicia. Sólo eso: justicia. —respiró profundo Rosendo.

Esa fue la primera vez que asaltaban al timbrero en San Juan. Afortunadamente todo salió de película. La guerra con el gobierno desde ese momento había comenzado, por lo cual, ambos serían conocidos popularmente como bandidos.

Al caer la tarde, Rosendo regresó a don Blas el dinero íntegro que el timbrero le quitó. En ese momento se sintió emocionado porque por primera vez podía hacer justicia, algo que se había prometido en un sueño. Aunque el resto del dinero lo repartió con Manuel a mitad y mitad. Esa acción le llenaba de orgullo. Sentía cómo su pecho se hinchaba una vez consumado su primera acción.

Al final de la revolución, la lucha por la tierra renovó su impulso singular. Los individuos continuaron luchando con las armas por el máspreciado bien de ese entonces.

Cumpleaños del gobernador de Hidalgo



- Bulmaro ¿Con qué le vas a entrar este año para el cumple del gober?
- Con nada patrón. No tengo. Soy pobre.
- Y ¿esos chivos qué?
- Esos son de mi tío Lorenzo. No son míos patrón.
- No. Le tienes que entrar con la comida. Si o sí. Si no ¿Qué cuentas entrego

yo? Tengo órdenes que ni un cristiano quede sin apoyar. De lo contrario, el gober va a pensar que no lo quieren y luego si se va a enojar con todos ustedes. Ya no los va a querer proteger de tanto bandido que hay en San Juan. Como ese tal Rosendo. Al que ya pronto le vamos a echar el guante.

—Cuchillo agárrate el pinto.

—¡Ese no patrón! Llévate otro, el que quieras ¡pero el pinto no! Es mi guacho. Si te lo llevas las chivas no van a criar este año.

—No, ora por codo nos llevamos el pinto. Es el más grande. Hay lo subes Cuchillo.

En ese momento Bulmaro se abalanzó al timbrero, abrazándolo y jalándolo del brazo, hasta llegó a besarle la mano.

—Por lo que más quiera patrón no me lo quites.

—Mira Bulmaro, por esta vez te la paso que me babees. Pero, para el otro año, por esta fecha, prepárame un toro si no quieres que te queme el rancho. Es una orden. Es mejor que te prepares y no chilles. Prometo mandarte los soldados a que te cuiden este año. Es por tu bien. Nosotros te cuidamos, pa que tu rancho desarrolle.

Luego que perdió de vista a los visitantes, Bulmaro corrió a todo pulmón hasta llegar a la casa del bandido de San Juan.

—Rosendo, Rosendo, ayúdame, el timbrero se llevó mi guacho. Lleva una carreta cargada de animales.

—Por dónde crees que va ahora?

—Ha de ir por el Jagüey,

—Bueno, espérame. No te duermas, quizá regresemos noche.

—Fluuu Fiuuu. Manuel, vamos sobre el timbrero otra vez. Apúrate o nos gana.

Cuando el timbrero había detenido la carreta en un vado porque Cuchillo necesitaba defecar, una voz los despertó del letargo:

—¿Qué pasó señor? ¿Acaso ya ha pagado su derecho de paso?

—Otra vez ustedes ¿Qué no entienden?

—El que no entiende es usted, que tiene que pagar.

—Hijos de ...

—Amárralos bien chango. Esta vez quítale las botas. Que se vayan descalzos.

—Pero, los vamos a agarrar pronto. Van a ver. Se van a arrepentir.

Tras amarrar su caballo a la carreta, Rosendo la condujo rumbo a Juárez, luego dio la vuelta por Llano Largo. Al llegar a San Juan con don Bulmaro bajó su semental y le sugirió esconderlo en el cerro hasta cuando las aguas se calmaran. El resto, cerdos, chivos y borregos, los repartió casa por casa, recomendando prepararlos en barbacoa antes que regresara el timbrero, cosa que posiblemente ocurría al día siguiente.

El ritmo del hambre, determinaba la aparición de los bandidos sociales porque era preferible infringir la ley que morir de inanición.

El primer bracero de San Juan

Rosendo llegó a caballo a la ciudad de México. Luego que vendió la bestia en el mercado de Las Vigas compró un pasaje del tren a Zacatecas. Eran tiempos difíciles, la sequía y las heladas habían acabado hasta los magueyes en San Juan.



Durante el viaje había conocido a todos los pasajeros de su vagón, incluyendo a la joven Martina con quien pudo entablar amistad. Ella era de Aguascalientes y regresaba a casa después de visitar a su padre en la capital.

En su descenso, en vano, la joven de los ojos negros trató de convencer a Rosendo que bajara y que hiciera vida con ella en el Occidente de México. Pero, él venía huyendo de la extraña muerte de su abuelo ocurrida apenas unos días antes, en abril de 1920. Nada dejaba tras de sí, porque nada quedaba en San Juan, lugar que representaba la gran pérdida de la figura honorable de su familiar, de quien había aprendido valores como la verdad, honestidad valentía y justicia.

Casi al llegar a Zacatecas el tren fue asaltado por dos muchachos miserables, andaban descalzos. Rosendo pensó que seguro las pistolas con que los amenazaban no tenían balas. Un segundo interrogatorio lo sacó de su sueño.

—Señor ¡Que no oye! Le digo que me entregue el dinero.

—Nada traigo nada muchacho. Sigue tu camino y déjame en paz.

—¿Por qué no revisa sus bolsillos?

—Mira muchachito. Somos arrieros y en el camino andamos. Sigue tu camino. De lo contrario me obligarás a levantarme y desarmarte. Yo igual me dedico a lo mismo que tú.

En ese momento, el joven pudo sentir la fuerza de la mirada de Rosendo y decidió continuar con el siguiente pasajero. Estaba seguro que le decía la verdad.

A su llegada a Zacatecas (Zacatecas), en la fila del reclutamiento de la bracereada logró su propósito: un contrato de peón del ferrocarril de la Texas Mexican Railway, de 1920 a 1957. Una vez consumado su éxito, volteó hacia atrás, presintiendo una mirada fija hacia él. Ahí estaban los dos jóvenes asaltantes, quienes seguro serían sus colegas en el trabajo internacional. Pero antes, pasó a la fila de revisión, donde buscaron que no tuviera piojos, pulgas ni garrapatas. Luego a los baños de agua helada y después el personal médico le revisó todo su cuerpo.

El camino del tren de Zacatecas a El Paso eran puras subidas y bajadas; bosques y desiertos, montañas y al final, un interminable valle seco, muy parecida a La Soledad.

—Después de una larga fila que duró un día, por fin nos subieron al tren, hasta llegar a Corpus Cristi, Texas. Ahí trabajó dos años poniendo durmientes y rieles en equipos organizados a altas temperaturas y durmiendo en las galeras. Sus muchachos asaltantes estaban en su cuadrilla. Ahí se hicieron grandes amigos. Ambos eran primos y provenían de Michoacán, se reían de la forma en que como novatos asaltaron el ferrocarril. Además de los mexicanos, había cuadrillas de chinos y personas de color. Con el dinero que ganó Rosendo en ese tiempo compró el alambique mezcalero, el rancho La Soledad, caballos y planta de maguey.

El auge del ferrocarril en los Estados Unidos duró de fines de 1800 hasta la gran depresión (1930). Al final de esa fecha, el negocio colapsó.

La crisis del pulque

Cuando apenas levantaba el sol, Modesta paró su burra lo más cerca que pudo de la gran bestia: el ferrocarril. Al momento de empezar a bajar las castañas de pulque, el gendarme del tren la increpó aventando el líquido sobre sus huaraches, fruto de su principal actividad económica.



Modesta bajó la vista cuando los pies se le chorreaban arriba del carcañal.

—Indios ¿Cuándo entenderán que ya nadie quiere su pulque?

Lo que hacen falta son frijoles y maíz. Lo que no hay es qué comer.

—Señor no me lo tires ¿Ahora quién me lo va a pagar?

—¿Ahora que hago señor? ¿Qué voy a comer?

—Úscale, úscale. A echar pulgas a otra parte.

—Pero ¿Qué voy a hacer señor? Págame

—Siquiera dame un poco de agua para mis chamacos

—El agua vale un peso. Si traes dinero, te doy, si no, úscale.

Entonces la mujer levanto sus castañas del lodo, las colocó de nuevo en su burra y se alejó cabizbaja llorando rumbo a su casa. Una escena injusta e inolvidable por donde se le mire.

El trabajador del campo, sea hombre o mujer, su actividad económica no se basa en la explotación de la fuerza de trabajo asalariada, sino en explotación de la fuerza laboral familiar. En todos los ámbitos sociales su característica principal es la subordinación social y el vasallaje en un sistema en el que este grupo social sobrevivió gracias al esfuerzo de sus integrantes.

El alambique

—General, aquí hay unos señores que quieren verte.

—Aguanta, ahorita estoy mandando un mensajero a mi casa. Pásalos al traspatio, ahí los atiendo.

Una vez en ese lugar:

—Gallo ¿qué vamos a hacer? Ayúdenos. Ya no reciben el pulque. No sabemos que hacer. Ya no hay qué comer.



—Ah, que venga José. Tráiganlo

—Ha. A ver pasen al otro mensajero.

—Aquí.

—Lánzate a Juárez y Zaragoza. Corre la voz que mañana por fin llega el agua en el tren de medio día. Hay que detenerlo a la fuerza, hasta que todos reciban agua.

Luego dirigiéndose de nuevo a sus visitantes les dijo:

—Yo tampoco he podido vender nada.

—No sé. Podemos ir a ver al gobernador para que nos ayude —contesto un visitante.

—Ése, le vale nuestra necesidad. Ya sé. Llama a don Cruz.

—Jefe a la orden.

—Ah, ¿cuántos ayates tienes de romero para la fiesta del Arenal?

—Uno. No encontré más. Ni en Actopan, menos en Pachuca.

—Ya no te da tiempo de ir a México?

—No. Con eso hay que sacar la feria.

—Pues no. No alcanza. Prepara cinco ayates más, aunque sea pirul. Qué esperas. Órales, a darle y a la carreta.

—Voy jefe.

Unos minutos después entró Pedro.

—A sus órdenes ¿Que hay que hacer?

—Vete a Tula. Llévate la carreta. Aquí están quinientos pesos. Busca por el convento al señor Agustín Márquez, vende un alambique y tráelo...

¿Espera, sabes que es?

—No.

—¿Entonces? Es un fierro con una olla y una piedra redonda grande, para moler el maguey. Haces girar la rueda. Lo que más vale es la olla y la piedra. Las revisas.

—Ah.

—Ahora, ve. Te espero mañana cuando regreses a la hora que sea. Pasa a verme antes de irte. Si estoy dormido, despiértame, Estoy en la troje de las bestias.

Una vez que Pedro se retiró, la señora Trinidad Sánchez interrumpió a su hijo llevándole alimento:

—Te traje tus tostadas hijo. Come. Están recién hechas, como a ti te gustan.

—Gracias madre.

Sin pensarlo Rosendo tomó el plato y mordió una de las tostadas, luego, al darse cuenta de su desatención, subió el plato a la altura de su vista y les hizo un guiño a los visitantes, señalando:

—Gustan.

Les compartió. Mientras comían, dirigiéndose a ellos dijo:

—No hay más señores, si el pulque no se vende, vamos a hacer mezcal. Vamos a quemar mesotes de ese maguey de cerro. No hay de otra. Dios dijo: si lo que tenemos son limones, hagamos limonada.

—¿Estás seguro general?

—No hay de otra. Nada más que llegue el alambique empezaremos la producción.

—Ojalá y funcione Gallo.

El significado histórico del bandido viene de la expansión brutal de la división de clases.

Las mujeres

Al salir el sol, como todas las mañanas Rosendo alimentaba a su caballo preferido. Lo ensillaba y salía a ver que los peones hicieran su trabajo. Era cotidiano que recorriera medio pueblo. Ante todos se dirigía siempre con respeto.



En la vereda frente a la casa de don Nacho, su hija mayor lo miraba pasar desde el interior de su vivienda de adobe y paja. Cuando era pequeña, en cuánto escuchaba los cascos del caballo por el sendero, ella corría a refugiarse, pues sus padres, quienes le habían enseñado a temer al general, ya que le hicieron creer que la quería robar.

Sin embargo, entrada la adolescencia, la joven Bertha le perdió el miedo y siempre que pudo salía a que la viera por cualquier pretexto, ya sea ir por agua o llevar el desperdicio al cerdo que estaba en el patio.

Un día, tal como acostumbraban los adultos se saludaron con confianza

—Buenos días señor Nacho.

—Buen día general.

—Cree que hoy nos toque lluvia?

—No creo, las cabañuelas indican que este año será seco.

En ese momento, Rosendo observó que Bertha pasaba frente a él, quizá intentando interesarle. Fue entonces que se quedó pensando:

—Vaya, la niña se hizo mujer. Luego, decidió despedirse y seguir su camino:

—Quede con Dios señor Nacho.

—Hasta luego, general.

Días después, como a mitad del día, cuando Rosendo regresaba a casa se percató que Bertha acarreaba agua y todo lo necesario para bañarse en un improvisado cuarto de varas, formado tres lados de filas apiladas, entre los cuales las rendijas permitían ver al otro lado. Interesado ató su caballo y regresó de manera subrepticia a espiar a la adolescente mientras se bañaba.

Ella, por su parte se percató que estaba siendo observada y continuó con su labor disimulado. Unas voces de mujeres que se acercaban hicieron que el bandido saliera de ahí de prisa para no ser sorprendido espiondo.

Al paso de unos minutos, Rosendo estaba muy inquieto por lo que le tocó vivir. Así que volvió a ensillar a su caballo y cruzó el patio donde Bertha se bañaba. La chica lo vio cuando salía por ropa limpia. Su cabello brillaba aún por

la humedad. Puso su vestuario sucio en el lavadero y siguió con la vista al bandido. Vio que iba camino al manantial.

Fue entonces que tomó un balde y fue al aguaje.

Al llegar a este lugar, Rosendo la vio, bajó del caballo, la tomó del brazo y la besó.

De ese encuentro furtivo Bertha tuvo una niña. En ese tiempo no era mal visto estar embarazada para una mujer sola, porque eran otros tiempos.

Desafortunadamente, un mal día en que el abuelo Nacho paseaba a su nieta a caballo, por la feria de Tornacuxtla se le escurrió de su regazo, cayó de cabeza y perdió la vida.

La historia del bandolero violento es en realidad mucho más dramática. Se trata de la historia de las esporádicas explosiones masivas de fuerza.

El cacique

Fuera de la casa grande, construida de adobe por su abuelo, el señor Acosta miraba el firmamento. Estaba justo enfrente a las caballerizas y no apartaba la vista del extremo de la montaña. Su hijo Rubén lo acompañaba.



—Mira hijo, hasta donde tu vista alcance... Hasta ahí, yo mando.

—Aja pá. Pero, ¿quién es tu jefe.

—El señor gobernador hijo. Él me ha ordenado pacificar a los indios. Todos son unos mugrosos ¡Como apestan!

Los techos de paja de sus vecinos adornaban el escenario a su alrededor. De pronto de la nada, entre los arbustos aparecieron dos pistoleros. Vienen a entregarle parte.

—Acaban de asaltar otra caravana patrón. Les quitaron todo. Fue otra vez por el Tothié.

El color de la cara pálida por la diabetes de señor Acosta agarró un poco de rojo. Antes de continuar su voz se hizo más ronca por la evidente molestia, al agregar:

—No les había dicho que se cuidaran en ese paraje? Un día de estos vamos a tenderle una trampa. Para que sepa quién manda.

—Entonces la guardia no hizo nada?

—Los mataron jefe. A Prieto lo arrastraron a caballo. Ya lo entregamos en su casa.

—Bandidos. Ora si ya me calentó la sangre ¡Ve a casa hijo!

Caminó unos pasos, luego agregó:

—En uno de mis viajes a México, me topé con dos señores interesantes. Ellos se ofrecieron a acabar con este ladrón. Mañana iré a verlos, porque nada más de mi lado hay pérdidas. Me dicen que ya hasta tiene un alambique y eso no le gustará al gobernador. No puede haber bandidos clandestinos en esta tierra.

En la historia del poder, la historia del control de los centros de poder incluye a los dueños de tierras, ganado y agua sobre las poblaciones que no tienen nada.

El sicario

Días después, ante un cielo inclemente, entre un paraje de mezquites, cuya sombra se siente a gloria, limitado al norte por tres mezquites, dos jinetes arribaron y se situaron cerca de dos cuartos de tepetate.

—Buenos días señor Acosta.

—Buenos días señor Robles.

—Pase a su casa. Gusta un vasito de pulque o prefiere probar el mezcal.

—A ver uno de mezcalito.

—¡A sus órdenes!

—Necesito que me hagas un trabajo.

Volteando a su alrededor y constatando que nadie de su familia lo escuchaba, el señor Robles preguntó:

—¿De quién se trata?

—De Rosendo, de San Juan.

—¿Cuánta plata hay?

Sacando de su bolsa un fajo de billetes se los entregó en mano.

—Aquí está la mitad. La otra cuando lo liquides.

El señor Robles contó y guardó el dinero; entonces agregó:

—Pierda cuidado patrón. Mi hermano y yo ya tenemos un plan.

—Pus hasta ahora todos han fallado.

—No se preocupe, tenemos todo preparado para acabarlo. Si yo fallo. Mi hermano lo acaba a nombre de los dos.

—Bien, espero cumplas.

—Ponle una trampa con una mujer. Dicen que esa es su debilidad.

—Esa es la cuestión. Ya tenemos a la candidata. La vamos a obligar. Ella también nos debe varias.

—Bueno, cuando esté muerto también la matas a ella. No quiero testigos.

—Ta bueno patrón. Vaya con Dios.

Los jinetes aún no habían cruzado para Chicavasco cuando se les vino un diluvio encima. En lugar de protegerse en alguna casa, soportaron la pertinaz tormenta hasta llegar a Actopan.

Bandido es un hombre declarado fuera de la ley. Al principio sólo eran hombres armados sin pertenencia a un grupo de lucha. Por su naturaleza rebelde forman parte de la historia del poder político, en el cuál, metieron manos, los actores de los niveles más altos de poder del Estado.



Facundo, de Pisaflores



—¿Cómo es posible general? ¿No puedes capturar a ese peón?

—No es fácil mi gober. Dicen que tiene pacto con el diablo.

—No creo en eso.

—Lo hemos emboscado. Creo no le entran las balas. Lo ves en un lado. Entonces le disparas. Cuando lo buscas está en el otro lado.

—Como veo que no puedes voy a llamar a mi compadre para que él se encargue.
El me ha resuelto otros favores.

—¿Bueno?

—Sí ¿quién vive por allá?

—Compadre. Tu amigo el gober.

—Ah, esto si es una sorpresa. Pa nada bueno me buscas.

—Tengo un encargo compadre. Échate pa ca. No he podido eliminar a un bandido. Acá te platico.

—Ha de ser difícil, de lo contrario no me hablarías.

—Sí claro. Tengo 200 del águila para ti

—Voy por seiscientos y si quieres hasta te lo entrego enjaulado. Ora que, si lo quieres muerto, con cuatrocientos me conformo. Por menos no voy. Tú dices. Yo hago lo que tú me digas.

—Ta bueno. Con que lo despaches pronto basta.

—Tu dime como lo quieres.

—Quedamos en cuatrocientos en plata. Pero lo quiero muerto a la de ya.

—Ta bien. Me jalo mañana pal sur. Espérame porque tardo en llegar.

—Sale. Si puedes tráeme una botellita de aguardiente.

El control se limita a las poblaciones y territorios concretos. Su adecuación depende de la voluntad y disposición a obedecer de los súbditos.

La emboscada

Rosendo cabalgaba somnoliento y a trote por el sendero que va de Pachuca a San Juan. De pronto, despertó cabalmente en el paraje del Encinal, cuando su caballo se detuvo bruscamente. En ese momento una bala silbó en su oreja. Por instinto, su caballo volvió tras sus pasos. Luego vino un explosivo ruido de caballos y gritos de militares que estaban escondidos entre la maleza. Pero, su capitán tenía una



posición privilegiada encima de un encino, apuntando con toda calma, el que sería su segundo disparo.

La persecución había iniciado. El caballo de Rosendo sacó ventaja a pesar de que caracoleaba según se lo permitía el sendero. Varios disparos más pasaban cerca del jinete emitidos por quienes lo perseguían. Rosendo había llegado demasiado cerca, por lo que el sicario lo tuvo a la mira hasta que estuvo seguro de no fallar.

En el momento apropiado disparó su máuser por segunda vez. Desde su cómoda posición vio que acertó en la espalda del jinete, mientras saltaba la cerca de magueyes. Precisamente en el momento de la bajada del caballo, Rosendo se dobló al recibir el impacto.

Luego, los tres militares se detuvieron bruscamente cuando sus bestias no se atrevieron a saltar la cerca, tirando a dos de ellos al suelo.

Cuando el jefe los alcanzó, los regañó.

—Den la vuelta. Unos por allá y otros conmigo. No llegará muy lejos. Le di. Esa bala es capaz de matar a una bestia.

—Por acá. Por acá va la sangre.

—Déjame ver. Si es verdad.

Siguieron un sendero internándose en un barranco. Hasta un terraplén pudieron ver el rastro hasta que lo perdieron.

El caballo de Rosendo se había internado en la barranca del lobo plagada de encinos frondosos porque en antaño ese cauce era un río. Más adelante el jinete cayó desmayado a los pies de la vieja Tencha quién pastoreaba sus chivos. La anciana lo arrastró como pudo hasta su choza. Lo ingresó y subió a su cama. Luego que se percató que aún respiraba regresó a borrar el rastro con una vieja escoba de varas, pues había escuchado los disparos y sabía que lo seguían. Ella no iba a permitir que acabaran con la vida de un campesino. Fuera quién fuera. El paso del ganado se encargó de lo demás.

Para ese entonces, los soldados, desesperados detuvieron a un arriero que llevaba paja en una carreta.

—¿Dónde vienes?

—De allá

—¿Dónde vas?

—Pa ya.

—¿Como pa ya?

—¿Qué llevas?

—Ganas de llegar

—Apiate.

—Date preso.

Uno de los soldados en vano tomó el biello y lo ensartó en varias ocasiones hasta topar con el piso de madera del transporte. Sin embargo, no encontró nada.

—No hay nada.

—Órale ¿Qué esperas? Usquenle.

—Sigue tu camino. No olvides que estas frente a la autoridad.

Mientras, en la choza, Tencha pasó el cuchillo por la lumbre. Hizo un corte profundo buscando la bala. Pronto se dio cuenta que ésta se dividió, por lo que hizo dos cortes más para limpiar completamente. Luego por más de dos horas, sacando pedazo por pedazo de metal por fin Rosendo quedó limpio. Quién sabe si sacaría todo. Confiaba en que así fuera para la suerte del joven que estaba en sus manos, cuya vida pendía de un hilo. Después de lavar la herida con aguardiente, con aguja e hilo pacientemente cosió los tres cortes que hizo.

Los días pasaron y Rosendo no despertaba. La anciana día con día limpiaba la sangre que drenaba de su espalda. En cada amanecer se percataba que aún jadeaba. Primero muy despacio y después más y más fuerte. Los días pasaron hasta que por fin un día Rosendo abrió los ojos. Entonces, la anciana lo acomodó y dio de beber caldo de gallina para que se recuperara. Rosendo no podía hablar porque su pulmón apenas se estaba recuperando.

Ese día lo alimentó con más caldo porque el enfermo no podía masticar. Tampoco podía hablar. Balbuceaba, pero no se le entendía nada. Era como si las cuerdas bucales se le hubieran atrofiado. La anciana lo revisó por última vez desprotegiendo su hombro.

—Déjame ver como quedaste. La herida ya cerró. Pero te quedó una pata de gallo.

Para entonces, el chango, su fiel caballo lo había esperado, sabía que Rosendo seguía vivo.

Una vez que el jinete se recuperó y pudo agradecer por propia voz, aunque de manera agitada a causa de las esquiras que le quedaron, ya que le provocaron una especie de asma, El resto de su vida lo pasaría con dificultades para respirar y hablar. La anciana lo ayudó a trepar al caballo y le regaló una vieja pistola. Él prometió un día regresarla. Por el momento seguía vivo y había que recuperarse en casa. En su camino desde ese paraje, su cerebro no dejaba de pensar y pensar que se había muerto, porque recordaba perfectamente haber salido de su cuerpo y verse tirado en la cama de la anciana. Entonces estaba seguro que cualquier día iba a morir por lo que debía apurarse y tener hijos para que su sangre no se acabara.

Los cambios en la productividad rural amenazaron la autonomía y la inseguridad en los pueblos

Los celos del señor Robles

Poco antes de cerrarse el camino de Santa María a San Juan y convertirse en vereda, Rosendo alcanzó a ver la silueta de una mujer que se adentraba entre el matorral a toda prisa, casi corría. Como pudo, aceleró al paso de su caballo hasta darle alcance.



—Buenos días señorita.

—¿Qué hace una mujer tan sola caminando por estos parajes?

—No se meta conmigo. Soy la nueva maestra. Voy para San Francisco.

—Bueno, la voy a acompañar. Claro, si no le molesta. No sea que le salga algún coyote hambriento y la asuste.

—¿A dónde hay coyotes? No me asustas.

— Hay coyotes, lobos, liebres, correcaminos, armadillos. Hay de todo.

—Fíjese. Nunca me he topado con nada y eso que ya he pasado dos veces por aquí.

— Joven maestra, ni yo caminaría con tanta confianza. Hay mucha víbora de cascabel. Me extraña que no se le haya atravesado alguna.

— ¿A poco? De verdad hay víboras.

— Si. Qué raro que no se le haya cruzado un cencuate. Esos son los más abundantes. Son víboras enormes, gruesas, gordas. Dicen que encantan a las mujeres para beber leche de su pecho.

—No le creo.

— Mira. Me bajo y si gustas monta mi caballo y yo camino ¿Qué dices?

—Pero. Yo nunca he montado.

— No te preocupes. Siempre hay una primera vez.

Un rato después.

— Me da pena que usted camine ¿Por qué no se sube? Creo hay lugar para los dos porque todavía falta mucho.

— Bueno yo iré en ancas para no molestarte.

Más adelante.

— Así que vamos hasta San Francisco.

— Si, tuve que ir a Pachuca por unos centavos. Es la primera vez que pido prestado Ya se han tardado en pagarme. Pero lo que llevo me alcanza para mantener a mi madre. Ella es viuda y vive conmigo.

— Y dónde está?

— Allá. Me espera en San Francisco.

Metros más adelante:

—Aquí agarra para el cerro. Gracias

— Creo ya vamos llegando ¿Esos que están ahí, te esperan?

No hubo respuesta.

Bueno. Fue lindo haberte conocido. Aunque no sé cómo te llamas.

—Laura. Soy la maestra Laura.

—Mucho gusto, soy Rosendo, Rosendo. Así nomás. A secas.

Al llegar a la casa de la maestra, los jinetes los observaron molestos.

— Bueno maestra, un gusto traerte a casa.

— Muchas gracias Rosendo, espero verlo pronto.

— Tú nada más dime Laura ¿cuándo? Si necesitas algo, avísame. Si tienes necesidad, un día yo te llevo a Pachuca. Estoy a tus órdenes.

— Gracias Rosendo.

Al bajarla del caballo el jinete tomo de la cintura a la maestra. En ese instante ella giró para intentar agradecerle una vez más. Sin embargo, dada la cercanía, Rosendo se sintió atraído por su belleza y la besó la boca. Lo cual extrañó a la maestra que le reclamó:

—No lo vuelvas a hacer.

— No te gusto?

— No somos nada.

— Me gustas Laura. Quiero ser quien te cuide aquí de tanto cuatrero como los dos que estoy viendo ahorita....

Hasta mañana Laura. (Se escuchan secidos al respirar)

Sin embargo, la escena afecto profundamente a uno de los dos testigos de ese momento. Robles se puso negro de coraje al subirle la sangre al rostro, mientras la quijada se le descuadró.

Era vecino de la maestra. No entendía cómo ella nunca había aceptado su compañía, ya que varias ocasiones había insistido en llevarla en su caballo a conocer el pueblo, intención que buscaba para consolidar su prestigio de macho, por ser hacendado, ya que los jóvenes solteros lo admirarían, al ser campesinos pobres. Todos ellos eran llamados por los pudientes de San Francisco de forma despectiva. Cuando alguno se atrevía a cruzar palabra con una joven casadera, los Robles señalaban:

— Mejor quítate los piojos de la cabeza. Luego buscas mujer.

De su boca sólo salieron algunas incoherencias. Aunque lo poco que se pudo entender destacó:

—Hermano. Como va la siembra. Creo hay que ir a ayudarle al viejo. Olvídalo...

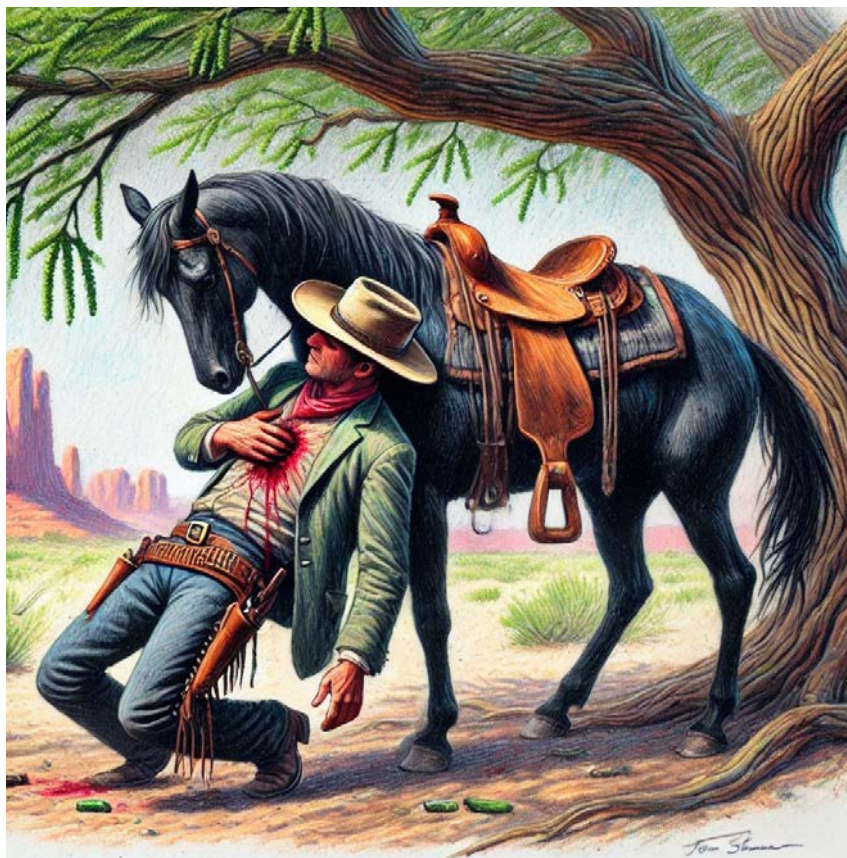
— ¿Que dices carnal? ¿que vamos a hacer?

—Nada. Vamos a echarnos unos pulques. A ver si así se me pasa el coraje.

El poder y control del Estado eran grande pero intermitente. Su debilidad residía en que no tenían una fuerza de coacción constante a la mano que les permitiera ejercer el control principalmente en las partes más inaccesibles del territorio.

El homicidio

Por el camino de San Francisco que va en dirección al Cerro del Piñón, al caer la noche, la maestra Laura interrumpió a su madre mientras ésta le daba algunos consejos. En ese momento, los cascos de dos caballos que arribaban a su patio le hicieron acercarse a la ventana de su pequeña vivienda, intentando reconocer a los recién llegados.



—¡Cállate madre! Han llegado unos jinetes.

—Que raro. Nadie nos visita. Menos a esta hora.

De pronto, la puerta de madera se abrió con fuerza, asustando a ambas mujeres. Dos hombres ingresaron, agrediéndolas a empujones.

Tras el forcejeo, Paco Robles, de inmediato se abalanzó sobre la maestra Laura. Pero ella se defendía como podía.

Sin embargo, su acompañante levantó en vilo a la madre de la mentora, sacándola de la vivienda mientras pataleaba.

—Espérenme —dijo Paco— No te vayas. Le daré su lección a la maestra.

Cuando la madre de la profesora salió, Paco violó a la joven Laura. Una vez que consumó su fechoría Se dirigió con insultos:

—Mira maestrita. Te pones difícil... Pero, bien que te acuestas con ese tal Rosendo. Me voy a llevar a tu madre para que me lo entregues. Quiero que lo cites a tu escuela ¡Tú sabes cuánto te tardas! ¡Sólo te digo! ¡No volverás a ver a tu madre hasta el día que cites a Rosendo!

—Mientras ¡No le voy a dar ni agua! ¡Menos de comer! ¡Tú sabes si te tardas un día o dos o cuántos! Ella es la que va a sufrir no yo. Hay te haiga si rajas con alguien, porque tu madre se muere. Después te matamos a ti y luego las tiramos al monte para que se las coman los coyotes ¡Así que me voy! Sólo te digo que no protejas a ese bandido. Hoy tu vida se resuelve así: ¡es la vida de tu madre o la de tu novio! ¡Tú decides! Ya viste que yo estoy dispuesto a todo. Hay me avisas. Mientras, ya te di tu merecido ¡Por presumida!

Laura temblaba de pies a cabeza. Las ideas le daban vuelta en su cabeza. La disyuntiva era trágica en sus dos decisiones. Si hablaba con Rosendo matarían a su madre y, si lo entregaba lo matarían a él y quién sabe si le perdonarían la vida a su madre y a ella ¿Qué podía hacer? El mundo se le cerraba y no encontraba salida alguna. Con la preocupación no pudo dormir.

Al llegar el nuevo día, se levantó de prisa y tomó el camino a su escuela como sonámbula. Dentro, con decisión tomó papel y lápiz, redactó el recado para citar

a Rosendo y se lo envió con el mayor de sus alumnos, señalando que se lo debía entregar en mano.

Antes de terminar su clase Rosendo se presentó hasta ella, ingresando su caballo en el salón y asustando a los niños que gritaban mientras se replegaban a la pared contraria.

—Aquí, maestra. Me mandaste traer.

—¡Ah! te mandé decir que necesito viajar a Pachuca, y, cómo muchas veces me has ofrecido que me llevas, pues llegó tu oportunidad. Dime si mañana a medio día me puedes acompañar

—Claro que te llevo maestra. Mañana vengo por ti.

—Si Rosendo. Por favor. Ahora sal porque asustas a mis niños.

Al día siguiente, Rosendo empezó a ensillar el Chango gruñía nervioso, tratando de llamar su atención, porque quería acompañarlo.

—Chango ¡Hoy vas conmigo! Tengo que llevar una carga preciosa a Pachuca.

—No sé si regreso hoy. Lo más seguro es que no. Amigo,

—No sé por qué te quiero tanto, hasta siento que me entiendes ¡Hasta la vista!

Por el camino de San Juan a San Francisco, por encima de la copa de los huizaches se yergue imponente la torre de la iglesia, lugar a donde Rosendo se dirige al llamado de la maestra Laura. Los ladridos de los perros anunciaron su presencia cerca del aula.

Rosendo se apeó, amarró a la Paloma en el pirul, estaba dispuesto y confiado a esperar a que Laura terminara su labor docente. Se sentó en el bordo que salía del árbol que se extendía unos tres metros. Con las piernas apoyadas en el piso saludó a la distancia a la maestra mientras ella le correspondía por la ventana. Estaba tan confiado que nunca imaginó la tragedia que estaba por ocurrir. No era posible distinguir el cilindro del rifle que asomaba a unos treinta metros de distancia en la torre de la iglesia. Robles apuntó con toda calma ¡Tenía todo el tiempo del mundo, mientras su hermano apuntaba por el otro costado, por si el primer tiro fallaba! Además, el domingo anterior en Actopan habían bendecido las balas expansivas.

No había ninguna duda. No iban a fallar. Entonces, Robles apretó el gatillo. En ese mismo instante Rosendo recibió el impacto en la yugular, cayendo del lado izquierdo rumbo al norte y sin perder de vista a la maestra Laura, quién, en ese momento se desmayó. En unos segundos los tres litros de sangre de su cuerpo humedecieron la tierra cerca del pirul. Seis balas más acabaron con la vida del Bandido de San Juan. Los niños del salón corrieron interesados para ver de cerca al muerto. La gente se reunió a su alrededor. Alguien llevó la yegua a su padre.

Después de recuperar el conocimiento, la maestra corrió a su casa. Aunque tuvo que esperar unas horas a que su madre apareciera. Después tomaron el camino rumbo a Pachuca con un Chiquihuite encima, unas cobijas en las manos, nunca más se volvió a saber de ellas. Unas horas después tres militares llegaron a caballo, vistieron con una camisola de soldado a Rosendo, lo fotografiaron y publicaron en el diario que el desertor había muerto.

Rosendo fue entregado por la maestra Laura, su homicidio fue planeado con mucha anticipación, fue elegido el lugar con mucha inteligencia. Cuando Rosendo bajó de San Juan, las ventanas de la torre estaban perfectamente alineadas impidiendo ver que había dos sicarios en su interior, tampoco se podía ver el interior de la torre por el acceso principal con rumbo al salón de la maestra, construcción de piedra que se interponían a la iglesia.

Dos años más tarde, en una nueva emboscada planeada por el cacique de Actopan, durante la celebración de la feria, dos sicarios, acabaron con la vida del segundo justiciero de San Juan: Manuel Serna, terminando así la historia de los dos principales cabecillas de la banda los Metaleros.

El estado estructuró una diversidad de rivalidades como mecanismo de control con el fin de consolidar las divisiones y tener debilitada políticamente a la población empobrecida.

100 años después, San Juan, 2036

La moderna motocicleta era conducida a gran velocidad por la carretera México Laredo. La piloto se tendía en todas las curvas que agarraba. De vez en vez, la bella joven consultaba la ruta, siguiendo al pie de la letra las indicaciones que le daba el celular. Después de escuchar la orden de dar vuelta en U, al ver el letrero San Juan, viró a la izquierda. Con toda calma cruzó la carretera, subió la cuesta y de pronto



se estacionó a un lado de la torre de la iglesia del pueblo, sin saber que estaba a unos pasos de la tumba de la persona que con tanto afán había buscado, siguiendo los relatos de su abuela. A la primera persona que vio le preguntó. El segundo le confirmó que su viaje no había sido en vano.

De nuevo, su corazón latía emocionado. Subió y condujo dos cuadras más al sur, rumbo a Juárez. Luego se bajó con calma, acomodó el casco en la moto, se acercó al portón y tocó con firmeza.

En un instante se preparó mentalmente respirando intensamente unas tres veces. Se acomodó la ropa, alisó sus cabellos. Luego, un joven le abrió y decidida le preguntó:

—Buenos días ¿Vivirá aquí un tal Rosendo Serrano?

—¡Rosendo! Rosendo. Rosendo Serrano ¡Te busca una señorita! ¿Cómo se llama?

—Laura, Laura Ventura.

—¡Te busca la señorita Laura Ventura!

La señorita Laura era una joven hermosa, reflexiva y por tanto muy callada, también era muy decidida y por eso, en mayo del 36 había hecho el viaje sola desde la ciudad de México, cuando su abuela ya no pudo detener su interés por conocer al hombre de quien nació su madre.

Los campesinos se ven a sí mismos como un grupo colectivo inferior al grupo de poder. El bandido hace explícito este resentimiento mediante el rechazo de la inferioridad.

Recapitulando

Rosendo nació en San Juan el 1 de marzo de 1903. Murio el 13 de octubre de 1938, dados los acontecimientos ocurridos en su vida. Fue hijo de Gonzalo Serrano y María Trinidad Sánchez.

Más o menos a los 12 años, allá por el sur de la ciudad de México, aunque a distancia conoció a Zapata y a Villa durante la celebración del fin de la revolución mexicana; pues junto con su padre acudieron al festejo, enterados por las caravanas de jinetes originarios de Tamaulipas y San Luis Potosí que cruzaban por San Juan. Ambos no quisieron quedarse al margen de la historia.

Qué momentos tan difíciles le tocó vivir. Nació en plena revolución, con gente matando gente por todos lados. En la adolescencia ejecutó al asesino de sus dos hermanas (Delfina y Nieves). Desde entonces fue perseguido por la policía y el ejército.

Eran otros tiempos. Su estatura era baja, el color blanco de la piel, un físico marcado, que le favorecía para capturar y trepar a una mujer montado en el caballo a todo galope. Eran tiempos de guerra. La vida era muy violenta y rápida. Cuando estuvo a punto de morir planeo tener un hijo para renacer en la posteridad.

Al momento que se recuperó, tuvo cinco cónyuges: Amparo de Zaragoza, Juana y Agustina de San Juan, Gerarda de El Rosario y Laura de Ciudad de México.

De esas uniones tuvo seis hijos: Jorge, María del Socorro, Abel, María, Alfonso y Eduarda.

El 13 de octubre de 1938 a las 12:00 horas murió Rosendo Serrano Sánchez. Con su vestuario impecable amarillo y sombrero de palma, siete balazos le quitaron la vida. La primera que intentó ayudarlo fue la maestra con el apoyo de sus alumnos. Falsamente declaró que creía estaba dormido, imposible no ver la sangre que emanaba de su cuerpo porque vestía camisa blanca. Los sicarios al menos hicieron dos disparos cada uno.

El bandido social, que prodigaba a los pobres quitando a los ricos, que defendía a los débiles de los poderosos, el que buscaba la justicia el pueblo contra el gobierno sigue vivo más que nunca en sus siguientes generaciones, emergerá en el tiempo en que la miseria se fortalezca y generalice en el pueblo.

Corrido a Rosendo Serrano

Autor: Tomás Serrano Avilés

Arreglo musical: Oguilvie García

Amigos voy a contarles
una historia verdadera
la vida de un valiente
que nació en San Juan mi tierra.

En 1902
empezó a labrar su historia
30 años con Cerna y Sánchez
les dejó hacienda y gloria.

Nació en el barrio El Canal
entre pedruscos de lava
su rancho la soledad
el final de su morada.

En un mundo de revuelta
la maestra lo entregó
fue sacado de su hacienda
y una bala lo acabó.

El caballo de Rosendo
testigo de lo que pasó
señaló a don Abelardo
mostrando quién lo mató.

Su muerte quedó pendiente
todo pariente escapó
en testimonios de la gente
sus nietos regresan hoy.

Me pareció verlo de nuevo
debajo de su árbol verde
estaba despreocupado
miraba hacia el oriente

San Juan y su soledad
el agua siempre es escasa
el llanto del matorral
escucha al potro que pasa

Al paso de la quebrada
en un sendero de arrieros
barrancos y matorrales
cabalga Rosendo al cielo

Bandidos del Mezquital
corran tras su bandera
que Cerna y Rosendo están
custodiando la pradera

Rosendo Serrano, el bandido de San Juan,
se publicó en el mes de noviembre de 2025,
en los talleres gráficos de la Editorial Universitaria de
la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo.
Cuidado editorial: Asael Ortiz Lazcano



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DEL ESTADO DE HIDALGO



CONSEJO
EDITORIAL



www.uaeh.edu.mx

ISBN: 978-607-482-926-6